

EL ARTE DE LA NUEVA CLASE

POR: ARTURO GARCÍA BUSTOS

Señor Presidente en turno de la Academia de Artes, compañeros, maestros, amigos artistas; señoras y señores:

Es para mí un alto honor dirigir a ustedes estas palabras para comunicarles algunas meditaciones acerca del arte en México y del arte de los pueblos en lucha, lucha en la cual he participado ya sea en la acción directamente o con la más estrecha solidaridad, a través de mi trabajo plástico.

Por lo demás he tenido la suerte de vivir cerca de grandes espíritus de la humanidad y presenciar de cerca la labor creadora de José Clemente Orozco, por ejemplo, quien me permitía subir a su andamio mientras trabajaba; a Frida Khalo contemplarla en su estudio pintando su cuadro *La columna rota*; ver trazar el muro a Diego Rivera con su seguridad de maestro, sin despegar el carbón de su mano, figura tras figura como si éstas ya estuvieran delineadas y él únicamente las calcara.

En otros campos de la creación haber conocido a Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Nazim Hikmet y contar con la amistad de Juan de la Cabada, Carlos Pellicer, Ermilo Abreu Gómez, Alfredo Cardona Peña y muchos otros. En el terreno de la lucha social me distinguieron con su afecto Víctor Manuel Gutiérrez, Huberto Alvarado y Juan Marinello, así como me llene de ánimo vigoroso al estrechar la mano de Ernesto "Che" Guevara.

El pueblo mexicano con sus costumbres y tradiciones donde se conjuga la riqueza del paisaje, la semilla de la revolución y las grandes culturas prehispánicas, que aún viven en nosotros, lo tengo presente al exponer mi pensamiento.

El hombre de México con sus manos creadoras a lo largo de su historia ha ido construyendo la más preciosa herencia para la humanidad, un arte salido de su corazón, labrado con paciencia oriental; ha transformado las piedras en serpientes, en águilas que devoran corazones, en feroces tigres que recorren los caminos. Con el primer material que tuvo en sus manos, la arcilla, modeló vasijas trípodes con patas de serpientes y formas de animales y frutas, cumbres de la imaginación creadora. Con el mismo barro hizo danzarinas de grandes ojos rasgados, símbolos mágicos de la fecundidad. Con sellos y pintaderas decoro su cuerpo, vasijas, telas, haciendo una unidad del hombre, los objetos y su arquitectura.

En los libros de pinturas sobre pieles de venado y sobre papeles de corteza que ellos mismos hicieron, pintaron toda su mitología, su historia, su interpretación del cosmos, la leyenda y la poesía, sus modos originales de pensar. Casi siempre en forma realista humana, sus dioses eran recreación artística de su humanismo: "grandes hombres fueron los que levantaron pirámides"; habían dado nombres a la geografía y poseían una cultura y una moral de perfeccionamiento. Toltecas, así eran llamados los artífices entre los pueblos nahuas y era todo un pueblo de artistas, y hubo otros pueblos que recrearon la naturaleza en materiales perdurables –Cuicuilco, Teopanzolco, Tenochtitlan, Teotihuacán, Cholula–; cientos de ciudades de distintas culturas fueron levantadas y en su momento fueron importantes como las más grandes del mundo, al lado de Pekín, de Tebas, de Atenas; Mitla, Palenque, Uaxactún... El pueblo mexicano, aún dividido en tribus, tuvo el genio para crear extraordinarias expresiones artísticas: arquitectura, escultura, pintura, cerámica, orfebrería, arte plumario, música, danza y poesía.

Sobrevino la conquista y el pueblo sojuzgado tuvo que adaptarse a las nuevas técnicas de expresión. Durante los primeros años de la Colonia se les prohibió pintar y esculpir para evitar la permanencia de su cultura; se ordeno olvidar sus cánones y sus leyendas,

tuvieron que aprender un nuevo lenguaje y transformar su modo de pensar, su ética y su estética. Sin embargo, la nueva cultura no se impuso del todo y la antigua no murió completamente. Así nació una cultura de mestizaje con muchas características originales y propias. Los tlacuilos, que poseían la técnica de la pintura mural, interpretando estampas europeas, pero con fuerza de su propia tradición de muralistas, hicieron de México, a lo largo de 300 años de colonia, seguramente, el país de la tierra con mas pintura mural. Los corredores de los conventos se llenaron de imágenes al fresco, las iglesias, todo se decoró con expresivas formas propias para catequizar a un pueblo acostumbrado a leer en ideogramas y símbolos en base de líneas y colores.

El genio arquitectónico levanto ciudades de bella arquitectura colonial en la que siempre se alcanza ver la mano indígena que tallo las piedras, imprimiéndole su propio sello. La imprenta llegó a México en 1537 y con ella llegaron los primeros grabadores de esta tierra. Juan Ortiz grabó maderas de pie para los impresores; Pedro Ocharte y Juan Pablos, grandes artesanos del arte tipográfico; Andrés Antonio, artista indio; Antonio de Castro, son algunos de los pocos nombres que nos han llegado.

En todos los campos del arte podemos decir que el pueblo mexicano ha mostrado su genio, y dio su aportación aun en los difíciles días de la Colonia.

Sobreviene la época de las luces en el mundo y la revolución francesa inspira a los pensadores mexicanos, que inician la guerra de independencia. Desde esos primeros años aparece en el arte gráfico mexicano la litografía, traída a México por el artista italiano Claudio Linati, quien construye la primera prensa litográfica para la Secretaría de Relaciones, y enseña gratuitamente la técnica a jóvenes, publica el periódico liberal *El Iris*, ilustrado con litografías suyas y de sus discípulos, como el oaxaqueño José Gracida. Se puede decir que con Linati se inicia la gráfica social en nuestro país.

Fue la litografía mas aún que el grabado, el instrumento que mejor acomoda a los artistas del agitado siglo XIX, en cuya primera mitad se hacen litografías costumbristas que nos dan una verdadera imagen de la vida en esos años; litografías de las ciudades de México y sus alrededores, dibujadas en el monumental álbum editado por Nevel y otras de Casimiro Castro, J. Campillo, Anda y Rodríguez. Así como periódicos de sátira política como *La Orquesta* y *El Ahuizote* en donde se publicaron magníficos cartones de Constantino Escalante y José María Villa, románticas imágenes de un México que describió Ignacio Manuel Altamirano en bellas prosas.

En la época del porfirismo, aparece el más grande grabador e ilustrador de la vida mexicana, José Guadalupe Posada. Nacido en Aguascalientes el 2 de febrero de 1852, se inicia en la imprenta de Trinidad Pedroza, una de las mejores de aquel entonces. Colabora en periódicos liberales ilustrados como *El Jicote*, periódico hablador pero no embustero, el *Gil Blas*, el *Gil Blas Cómic*, *El Popular*, *La Risa del Popular*, y en numerosas hojas volantes que relatan los sucesos más importantes de la época.

En León, Guanajuato, tuvo su propio taller y enseñó litografía en la secundaria técnica en el año 1888; cuando acontecen las inundaciones de esa ciudad se arruina su imprenta y emigra a México trabajando con el editor Antonio Vanegas Arroyo.

Establecido en el centro de la ciudad, en el corazón de México de principios de siglo, en el número 5 de la calle de Santa Inés, retrata la vida que transcurre en aparente calma, pero que llevaba el germen de la revolución que se avecinaba.

Época de mucho casimir negro y mucha manta blanca, en esas dos tintas aparecen la vendedora de patos cantando su pregón, los asiduos clientes a los pulques de Apan, las grandes y espantosas inundaciones de la ciudad de León, la primera remesa de presos a la penitenciaría, los abusos de los caciques a la sombra del dictador. Y con la misma alegría popular hizo un mundo de calaveras para complementar el gran retrato que nos dejó cuyas coplas decían:

Leed, pues, este panteón de amores, todos los que habitáis aquí en la tierra y hallareis muchos gustos y olores que el gran secreto de la tumba encierra.

En las primeras páginas de su autobiografía, José Clemente Orozco nos dice:

"El maestro Posada ilustraba todas esas publicaciones con grabados que jamás han sido superados".

"Éste fue el primer estímulo que despertó mi imaginación y me impulsó a emborronar papel con los primeros muñecos, la primera revelación de la existencia del arte de la pintura. Posada trabajaba a la vista del público, detrás de la vidriera que daba a la calle y yo me detenía encantado por algunos minutos, camino de la escuela, a contemplar al grabador, cuatro veces al día, a la entrada y salida de clases, y algunas veces me atreví a entrar al taller a hurtar un poco de las virutas del metal que resultaban al correr del buril del maestro sobre la plancha de metal de imprenta pintada con azarcón".

José Guadalupe Posada muere en 1913. Y es hasta nueve años más tarde que su espíritu renace en la pintura mexicana.

En 1922, como resultado de todas las experiencias formales realizadas en Europa y a los impulsos de la Revolución mexicana de 1910 y con una tendencia socialista inspirada por la Revolución rusa del 17, los pintores se lanzan a ejecutar la pintura mural para exponer la historia reciente del pueblo mexicano, su vida, sus tradiciones y sus costumbres. Reencontraron las raíces de la cultura autóctona, infundieron a sus contemporáneos la confianza en sí mismos, de la que carecían por haber vivido un México semicolonial, oprimido.

La pintura mural mexicana tomó la bandera de las causas populares, y con ello encontró la más rica fuente de inspiración para el arte de nuestro tiempo, el despertar de la conciencia de los altos valores culturales de nuestro pueblo.

Los tres grandes de la pintura, artistas ciudadanos, supieron poner la tarea política en el primer plano de su vida y darle forma y color a la voz de todo un pueblo que luchaba por "Tierra y Libertad".

No es casual que en los años 20's Diego Rivera se encontrara en acaloradas discusiones con Mayakovski y Lunacharski, comisario de la cultura del primer país socialista; tampoco es casual que José Clemente Orozco se encontrara dibujando violentas caricaturas de la burguesía mexicana en *La Vanguardia*, periódico que dirigía el Dr. Atl en Orizaba, el año 1915. David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero organizaron a los mineros de Jalisco.

Con la misma pasión que ponían para crear un bello cuadro volcaban su fuerza revolucionaria en la transformación total del país.

El manifiesto de 1922, dirigido "a la raza indígena humillada durante siglos, a los soldados convertidos en verdugos por sus jefes, a los obreros y campesinos azotados por la avaricia de los ricos, a los intelectuales que no estén envilecidos por la burguesía..." decía con voz apasionada:

"El arte del pueblo de México es la manifestación espiritual más grande y mas sana del mundo, y su tradición indígena es la mejor de todas. Y es grande precisamente porque siendo popular es colectiva, y es por eso que nuestro objetivo estético fundamental radica en socializar las manifestaciones artísticas, tendiendo hacia la desaparición absoluta del individualismo burgués. Repudiamos la pintura llamada de caballete y todo el arte de cenáculo intelectual, por aristocrático, y exaltamos las manifestaciones de arte monumental por ser de utilidad pública. Proclamamos que siendo nuestro momento social de transición entre el aniquilamiento de un orden envejecido y la implantación de un orden nuevo, los creadores de belleza deben esforzarse porque su labor presente un aspecto claro de propaganda ideológica en bien del pueblo, haciendo del arte, que actualmente es una manifestación de masturbación individualista, una finalidad de belleza para todos, de belleza y de combate".

Junto con ellos, un numeroso grupo de artistas de generaciones siguientes echó también sus cartas al lado del pueblo y formó la corriente de pintura mexicana, movimiento ejemplar que encontró sus raíces en el suelo, fijando los valores culturales autóctonos, rebelándose contra el coloniaje y rechazando el comercialismo, desarrollando la pintura mural y el grabado de sentido social. Arte comprometido con su pueblo y con su tiempo.

En el movimiento pictórico mexicano se desarrollaron y formaron, además de los tres grandes así conocidos porque en realidad lo eran por su fuerza y capacidad creadora, infinidad de artistas que se orientaron más o menos por igual línea. En primer lugar los firmantes del manifiesto de pintores: Fermín Revueltas, que muriera tan joven pero que dejó una obra magnífica de caballete, algunos murales y vitrales como los de la Secretaría de Salubridad, al final del Paseo de la Reforma, o el que se encuentra abandonado en la Universidad de Sinaloa; Jean Charlot, joven pintor francés, autor del primer mural en la Escuela Nacional Preparatoria y de los primeros grabados en madera de la época moderna; Germán Cueto, magnífico escultor; Xavier Guerrero, auténtico tlacuilo, descendiente de una familia de pintores que conocían todos los secretos del fresco, técnica que en Europa ya casi se había olvidado pero que en México se utilizaba en todos los braseros de las cocinas y en las decoraciones murales de las pulquerías; el pudo enseñar a Rivera los secretos de esa técnica. Era como deben haber sido los artistas de antes de la conquista, de modales finos y lentos, callado, dialogaba con su corazón dueño de la tinta roja y de la tinta negra. Cuando trazaba una línea, ésta era precisa y tenía vida. Su pintura es de la más alta calidad plástica y en sus primeros murales en Chapingo escribió los lemas en lengua náhuatl.

Roberto Montenegro pintó frescos en la escuela de San Pedro y San Pablo y en la Hemeroteca Nacional; Fernando Leal en el Anfiteatro Bolívar pintó la batalla de Ayacucho, y después en Panamá unos frescos, hoy destruidos, que reclamaban el derecho del pueblo panameño a la soberanía en el canal.

El maestro Diego, el más fecundo de todos, pintó cientos de metros cuadrados, como el trabajador más incansable que jamás haya conocido; desde el amanecer hasta muy entrada la noche, y muchas veces uniendo los días y las noches, trabajando con una pasión hasta los últimos días de su vida; desde que despertaba, aun sin lavarse la cara, tomaba los pinceles e iniciaba el trabajo.

Diego, Orozco, Siqueiros y O'Gorman retornaron a un arte mayor, marcaron el camino; Leopoldo Méndez, Pablo O'Higgins, Nacho Aguirre, Alfredo Zalce, Alberto Beltrán, con la gráfica social, complementaron la labor de divulgación revolucionaria que iniciaron en la plástica sus predecesores.

Años más tarde, Frida Kahlo, ese prodigioso ser que tomando la herencia plástica de los retablos o exvotos logró expresar el dolor y la angustia como nadie. Esa mujer extraordinaria que hizo de su persona un poema adoptando el vestido de una región de México, vestido que llevó siempre con dignidad y elegancia; y que sin ser india quiso fundirse con ese grupo zapoteco-huave para afirmar su raíz en un mundo antiguo, como si hubiera nacido en las arenas del mar istmeño para afirmar su propia cultura.

Si bien sólo tuvo una exposición en México, exposición que presidió en una camilla de ambulancia, en ella se sintetizaba el ambiente profundamente nacionalista de esos años. La recuerdo rodeada de sus amigos: el Dr. Atl con sus muletas, Francisco Goitia con sus ropas de campesino pobre, Diego en plenitud de su fuerza, Antonio Ruiz "El Corzo"; sus discípulos, yo entre ellos, admirado y sorprendido; sus amigas, Aurora Reyes, Olga Costa, Concha Michel, cantándole corridos agrarios, y el maestro Francisco Díaz de León, con su sabiduría y cariño por todo lo popular.

Recuerdo en los muros de esa exposición el cuadro *Mi nodriza* donde una lluvia espesa pintada en finos grises cae sobre los hombros de su nana india, rostro de piedra, que en sus brazos sostiene el cuerpo de Frida, mitad niña, mitad mujer. Misteriosa obra en la que se percibe el aire de un mundo real e imaginario.

Los escritores, los músicos, unidos a los pintores, integran la LEAR, Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, que con una plataforma mínima de lucha contra el fascismo, logran agrupar en su seno artistas de otras tendencias plásticas como Rufino Tamayo y Carlos Mérida y romper el aislamiento de las distintas disciplinas artísticas atrayendo a músicos como Blas Galindo, Julio Pomar, Silvestre Revueltas, Pablo Moncayo, Contreras y otros. Cada uno de ellos fue dando su aporte al renacimiento del Arte de México.

En el año 1938, cuando se disolvió la LEAR, la sección de artes plásticas, por iniciativa de Leopoldo Méndez, Pablo O'Higgins y Luis Arenal, decidieron crear un nuevo centro de producción artística que se debía poner a disposición del movimiento revolucionario con el nombre de Taller de Gráfica Popular.

A los tres iniciadores pronto se unieron Alfredo Zalce, Ángel Bracho, Raúl Anguiano, Jesús Escobedo, Everardo Ramírez, Gonzalo de la Paz Pérez y Nacho Aguirre. El número de artistas activos ascendió a 16. En la calle de Belisario Domínguez número 69, cerca de La Lagunilla, una prensa litográfica con la inscripción "París 1871", centró las inquietudes del grupo e inició esa proeza colectiva que fue el Taller de Gráfica Popular. Con la discusión en torno a los dibujos y proyectos, se iban enriqueciendo plásticamente con las distintas sugerencias, en un ambiente de camaradería en que destacaba primordialmente la tarea política de la lucha contra el fascismo, que desde Europa irrumpía en el mundo.

En jornadas intensas realizan una serie de doce litografías que titularon *La España de Franco*, y en el otoño de 1938 millares de carteles con ocho dibujos antifascistas a dos tintas, cubren los muros de las calles de la ciudad con la fuerza poderosa y convincente de la caricatura.

En Calaveras Políticas, cada primero de noviembre renace la antigua tradición del culto a los muertos. Mitlantecutli y Coatlicue vuelven a tornar forma viviente en alegres calaveras políticas que hablan en verso, recogiendo la tradición más cercana de José Guadalupe Posada. En el taller hicimos calaveras estranguladoras, calaveras aftosas, el *Corrido de Stalingrado*, donde el esqueleto del mariscal Timoshenko rompe el cerco de los nazis:

*Defendió Cuautla, Morelos.
triunfó en Oaxaca Trujano,
y Timoshenko defiende
a la heroica Stalingrado.*

En 1947 me unía este grupo de artistas. Llegué por mi admiración a la labor que realizaban y en especial por mi admiración al maestro Leopoldo Méndez, quien era el espíritu de esta agrupación.

Entonces el administrador del TGP era Jorge Steevi, refugiado alemán y hoy viceministro de Relaciones Exteriores de la República Democrática Alemana. También contábamos con la colaboración del arquitecto Hannes Mayer, quien fuera el último director de la "Bauhaus de Dessau", ese centro de arte moderno que tanto ha influido en el mundo actual. El arquitecto Hannes Mayer nos decía: "Cada uno debe saber granear su piedra es preciso que cada artista domine las tareas básicas de la realización de sus ediciones en la imprenta, la formación tipográfica, la selección del papel adecuado, la supervisión de la ejecución". Y alababa las obras gráficas que hacíamos considerándolas una valiosa aportación del arte realista popular en el mundo entero.

En ese taller-escuela me forme como grabador. Jean Charlot, ya maestro, realizaba en esos años su colección de cromolitografías *Mexicanantli* (madre mexicana); Alfredo Zalce realizaba la colección de litografías, —a la manera negra— de su viaje a Yucatán; Juan de la Cabada y Leopoldo Méndez habían terminado la edición ilustrada de *Incidentes melódicos del Mundo irracional*, fábula de origen maya, y a nuestras reuniones asistía

Isabel Villaseñor, exaltando su personalidad mexicana que Eisenstein destacó en la película *Tempestad sobre México*.

Muy valiosa fue en esos años la aportación de un joven obrero litógrafo llamado José Sánchez, que había aprendido todos los secretos de esa técnica con el maestro Jesús Arteaga en los talleres de la cigarrera "El Buen Tono".

La gráfica de sentido social y la experiencia del trabajo colectivo, fueron a mi juicio nuestra aportación.

En esos cincuenta años hemos visto nacer y morir infinidad de "ismos", y de los cuales muy pocos serán los que persistan, los que resistan el juicio de la historia. Partiendo de la revolución de Cezanne que rompió con la forma de construir de los académicos de fines del siglo XIX y que sentó las bases del cubismo, o sea la representación constructivista de la realidad, una representación que no huía del hombre y sus conflictos; movimiento en búsqueda de la libertad que rompió con el pasado académico y desnudó la estructura geométrica del cuadro.

Grandes obras se produjeron pero luego aparecieron nuevas corrientes que brotaban cada vez de la experiencia anterior: los futuristas en Rusia, los dadaístas en París, unos y otros buscando nuevas formas, fueron perdiéndose en laberintos del formalismo.

El arte negro recién llegado a Europa, llevado como botín por los colonialistas holandeses, ingleses y franceses, influyó en los pintores europeos creando todo un estilo plástico.

Algunos pintores y poetas franceses descubrieron la veta del surrealismo que escandalizó al público, dejando boquiabiertos a los burgueses que visitaban las exposiciones.

Inexplicablemente para mí, muchas de estas obras en vez de indignar a los burgueses como en los primeros años, acabaron regocijándolos por las pingües ganancias derivadas de los enormes precios que cotizaban en el mercado.

Al final del siglo XX estamos viviendo, por decirlo así, el choque de la tecnocracia del imperialismo contra el humanismo; hasta en los países subindustrializados la imagen humana podría decirse que ha desaparecido de la pintura. El arte abstracto, que se inició en Rusia en 1912, se ha impuesto como una de las corrientes más poderosas en el mundo occidental.

Aristocráticas bienales, a las que se invitan a representantes de países descalzos van complicando la sencilla marcha del arte que debiera florecer en nuestros continentes.

Vivimos un momento de cambio en la correlación de fuerzas, seguramente uno de los momentos más notables de la historia de la humanidad, y todos estos increíbles experimentos plásticos se han producido en medio de dos cruentas guerras y dentro de la primera gran crisis general del capitalismo. Ahora los pueblos del mundo se levantan a exigir su derecho.

POR: ARTURO GARCÍA BUSTOS

28 de Julio de 1977